



## Loa de Antonio Lucas, para Elvira González

Premio Alberto Anaut / Impulso a la Cultura 2025

A Elvira González la veo algunas mañanas cruzar la Plaza de Oriente con paso de no dejarse alcanzar, con ademán de bailarina y a bordo de una elegancia que limita al norte con el arte contemporáneo y con el flamenco al sur. Es de Madrid, del barrio de Chamberí, aunque acumula una manera de estar en la vida hecha de muchos mundos. Arrancó la adolescencia bailando en la compañía de su madre, Elvira Lucena, y escuchando en casa crecer las obras de su padre, el escultor Juan Cristóbal. Fue primera bailarina del Teatro de la Zarzuela cuando debutó en Madrid Alfredo Kraus con Doña Francisquita. Más tarde viajó y aprendió con la maestra Pilar López, hermana de La Argentinita, junto a Antonio Gades. Y remató con la compañía de Mariemma. A finales de los años 60 dejó el baile de golpe y en 1967, junto al pintor Fernando Mignoni, su marido entonces, inauguró la Galería Theo, en Madrid. Entre medias de esa primera navegación ocurrió París, sus tres años en París, donde desplegó una curiosidad centelleante y tuvo por gurú al imbatible marchante alemán Daniel-Henry Kahnweiler, que le prestó su amistad y un primer Juan Gris.

A Elvira González le debemos algo formidable: abrir algunas escotillas del arte contemporáneo en años en que en este país aún se sospechaba de demasiadas cosas, también del arte contemporáneo. Fue la primera galerista española en concretar el riesgo de exponer a Picasso. Los grabados de la Suite Vollard. Era

1971. Quiso hacer un homenaje al pintor por su 90 cumpleaños y había logrado algo impensable sin ella: que la familia Leiris de París prestase las piezas. Pero todo aquel esfuerzo se malogró cuando ocho ultraderechistas del grupo Guerrilleros de Cristo Rey irrumpieron en la galería con las obras ya colgadas, prendieron fuego a unos grabados, destrozaron otros, rayaron unos cuantos más y remataron la barbarie arrojando algunas octavillas en las que acusaban a Picasso de «marxista, comunista militante, antipatriota, proxeneta, homosexual, pornógrafo e hijo ilegítimo». De esta artillería analfabeta sólo acertaron en media inculpación. Y esa media la podríamos explicar con la respuesta sideral que dio Dalí a una periodista cuando le preguntó por Picasso y dijo esto: “Picasso es un genio, yo también. Picasso es español, yo también. Picasso es rico, yo también. Picasso milita en el comunismo, yo tampoco”.

Pero decíamos que Elvira González fue eso exactamente: la más aventurada de las galeristas de ese tiempo en que el oficio estaba por ajustar. Trabajó con un empeño gigante y armó algunas de las exposiciones principales de tres décadas de galerismo. Pensad en tantos artistas con sitio propio en el mapa del arte contemporáneo y en algún momento han pasado por la jurisdicción de Elvira. A algunos directamente los resucitó, como al entonces trasapelado Esteban Vicente. Por la agilidad alerta de su instinto, Elvira González es la última resistente de las ‘fab four’ del galerismo de Madrid, junto a Helga de Alvear (fallecida recientemente), Soledad Lorenzo (retirada) y Juana de Aizpuru (también en retiro). De las cuatro fue la primera que abrió galería

y es la última que mantiene la querencia. Elvira González ha visto cómo pasan los genios, también los apresurados, los improvisados, los dioses de un día y, muy de tarde en tarde, quien viene para quedarse y ponerle al mundo su decisiva luz.

Algunos coleccionistas emprendieron senda en su galería. Nunca lo tuvo fácil, pues mantenerse en lo alto es más difícil que fracasar de una sola vez. Es mujer escueta y fina, pero poderosa en la sagacidad y en la capacidad de aventura. Imagino que preservar una galería en Madrid desde hace 60 años exige algo más que un corazón de esencia intemporal y una falta de miedo ante lo inesperado. La pasión de Elvira es contagiosa. Y más cuando te habla de las tardes gozadas con Miró, con Calder, con Chillida, con Tàpies, con Palazuelo o escuchando las bodades de los tejidos según Louise Bourgeois, o buscando el último barceló con la materia aún fresca en el taller de Barceló. La foto asombrosa de Chema Madoz. La trama hipnótica de Juan Uslé. Un delicado esquema de Gego. La posibilidad de un chino riendo según Juan Muñoz. Las piedras de instante quieto de Juan Asensio. También junto a ella puedes ver un Rothko. Pero es que, además, ha estirado tardes con Cioran en su buhardilla de París. Risas con Octavio Paz en Madrid. Alcoholes con el poeta Michel Leiris en el Hotel Carlyle de Nueva York... Esta es la galaxia ancha de Elvira González.

Cada vez parece más claro que no es una galerista exactamente, sino un centro de alto rendimiento de entusiasmo por el arte. Su pasión sale disparada en todas direcciones. Y cuando da recado de algunos tramos de su vida, nunca escucharás que caiga en la tentación del reproche o en la descortesía del pesimismo. Elvira sabe mejor que nadie que la vida se sostiene entre equilibros y tanteos. Y en cuántas ocasiones, por ser mujer, le enmarañaron el camino. Imagino las veces que miró a los lados y sintió que estaba demasiado sola. O, mejor aún, las veces que echó la vista al frente y se prometió no claudicar, quizá a la manera de este verso del gran poeta Claudio Rodríguez: "Puede que estemos en derrota, pero nunca en doma".

En 1994 abrió un nuevo espacio expositivo en Madrid. Esta vez con su nombre de muchos quilates: Galería Elvira González. Suavemente ha ido dando paso a sus hijas Elvira e Isabel Mignoni. Ellas patronean la embarcación, pero tienen la fortuna de que su madre está a mano, siempre ahí. Y si no lo está es porque ha salido un rato a ver cómo van las cosas por Japón. O le ha dado por marchar a Italia a ver unos cuantos Caravaggio. No importa. En cuanto aterrice pasará por la calle de los Hermanos Álvarez Quintero, en Chamberí, como es costumbre, a ver qué sucede, a tomarle el pulso a esta peripecia de tener una galería de la que ha hecho vigilia, sueño y labor propia. No hay otra manera que el fervor y el entusiasmo para vengar tantas fatigas. Lo expresa mejor esta petenera de la Niña de los Peines, que tan oportunamente se le ajusta a Elvira: "Yo no sé renegar/ de este mundo por entero/ y si volviera a vivir lo volvía a habitar/ porque es en el mundo mío/ donde encuentro más verdad".

Que Elvira González, con quien tanto queremos, se vincule esta tarde un poco más a Alberto Anaut no es un abracadabra del azar. Ambos son dos gatos de Madrid. Y todo el mundo sabe que en esta ciudad los gatos son criaturas increíblemente humanas, grávidas, prácticas, ricas en determinación, serenas en apariencia y en verdad secretas, dotadas de un furtivo enigma, de una poderosa atracción. Estaba claro que en la tribu de Anaut hace falta Elvira como también es necesario el ganador del año pasado, Alfonso Aijón. Y los que vendrán. Porque ellos son los primeros tripulantes de una gabarra heroica: la de quienes han empeñado la existencia en favorecer a

los que venimos algo más atrás. Para que no perdamos el asombro, la memoria, el sentido crítico, el porvenir, los gozos y todo cuanto invita a más mundo por caminar. Enhorabuena, Elvira.

**Antonio Lucas**